

AMADO ALONSO EN EL RECUERDO
INVENTARIO DE TRABAJOS, DE CARÁCTER GENERAL,
EN TORNO A SU FIGURA, A SU OBRA
(4)

JOSÉ POLO
Universidad Autónoma de Madrid, España

RESUMEN

En la última entrega de esta serie (*Cauce*, 22-23 / 1999-2000, págs. 421-435) anuncié, tanto en el mismo resumen inicial como en IV-3, págs. 428-429, que me ocuparía del soberbio texto de M^a. Rosa Lida sobre Amado Alonso (1946). Pues bien: justamente, voy a intentar crearle el contexto adecuado a ese escrito sobresaliente de la llorada filóloga argentina, de modo que el lector actual, al hallarse frente a él, pueda catar con mayor intensidad y precisión el alcance de pensamiento y la belleza de dicho texto.

PALABRAS CLAVE

Relación maestro/discípulo; irradiación “simpatética” en el magisterio de Amado Alonso; altura intelectual de un gran maestro, de una discípula “magistralmente filóloga”.

ABSTRACT

In the last issue of this series (*Cauce*, 22-23/1999-2000, pp. 421-435), I announced, in the initial summary and also in IV-3, pp 428-429, that I would comment on M^a. Rosa Lida's magnificent text on Amado Alonso (1946). Then, I am going to try and set an adequate context to the excellent writing of the late Argentinean philologist, so that the present reader, when confronting the text, may grasp with greater intensity and precision its scope, depth of thought and beauty.

KEY WORDS

Teacher/student relationship; “empathic” irradiation in the teaching of Amado Alonso; intellectual height of a great teacher and his disciple, a masterful philologist.

RESUME

Dans le dernier numéro de cette série (*Cauce*, 22-23 / 1999-2000, pag. 421-435) j'ai annoncé, aussi bien dans le résumé initial que dans IV, pag. 428-429 que je m'occuperais du texte superbe de M^a. Rosa Lida sur Amado Alonso

(1946). Bref, je vais justement essayer de créer le contexte adéquat à cet écrit remarquable de la regrettée philologue argentine, de telle façon que le lecteur moderne, se trouvant face à lui, puisse capter avec plus d'intensité et de précision la portée de la pensée et la beauté de ce texte.

MOTS-CLES

Rapports maître-disciple; irradiation "sympathétique" dans le magistère d'Amado Alonso; hauteur intellectuelle d'un grand maître, [...] d'une disciple "magistralement philologue"

V

UN RETRATO MAGISTRAL (CON ARREBOLES): EL DE M^a. ROSA LIDA

0. Preliminares¹

a) Me refiero, claro está, al texto ya fichado en la entrega anterior, a saber: el que, con hermosa tipografía, aparece firmado por /María Rosa Lida/, entre las páginas 13-20, sin título alguno, libre, en el opúsculo, sin autoría particular, *Bibliografía de Amado Alonso. Homenaje de sus discípulos*, Buenos Aires (imprensa Coni), 1946.

b) El texto vuelve a ser publicado en la revista *Ínsula*, VII 78/1952 (año del fallecimiento de Amado Alonso), págs. 3 y 11. Aparece con el título "Amado Alonso", que en la primera edición, 1946, figuraba en portadilla para abarcar tanto unas páginas de síntesis biográfica de A. Alonso como las de M^a. Rosa Lida (el segundo y último título de portadilla era "Bibliografía"). Bien: anteceden al texto de la estudiosa argentina estas palabras de *Ínsula* (en párrafo diferenciado tipográficamente):

Reproducimos a continuación el artículo que una de las figuras más importantes de la escuela de Amado Alonso –María Rosa Lida– publicó en el *Homenaje* editado por sus discípulos, al dejar el maestro, en 1946, la cátedra de Buenos Aires.

c) Finalmente, se reproduce, desde la fuente textual de *Ínsula*, aquí mismo, *Cauce*, 18-19/1995-1996 ("en Homenaje a Amado Alonso (1896-

¹ Agradezco a don Vidal Torres Caballero el haberme facilitado un juego de fotocopias de las dedicatorias manuscritas de María R. Lida, en sus trabajos, a A. Alonso, así como sendas fotocopias de textos de *HR* y *RPH* (números inexistentes en la biblioteca de mi centro de labores), lo mismo que el hallazgo de los datos exactos de la traducción de É. Wilson y su consecución material.

1996)”), págs. 902-905. El texto de Rosa M^a. Lida cierra el APÉNDICE, dentro del cual le han precedido “Amado Alonso” (de Ramón Menéndez Pidal), “Amado Alonso ante la muerte” y “Noticia biográfica de Amado Alonso” (ambos, de Dámaso Alonso) y “Una muerte ejemplar” (carta de Rafael Lapesa a D. Alonso), textos tomados, igualmente, de *Ínsula*. Cito las palabras con que nuestra revista, *Cauce*, presenta ese conjunto textual:

A la dirección de la revista le ha parecido oportuno publicar los artículos que aparecieron en *Ínsula*, dos semanas después de la muerte de Amado Alonso [26 de mayo de 1952; el consabido número de la revista: 15 de junio], puesto que más de algún lector los desconocerá.

d) Aunque no he dejado de sentir la tentación de reproducir yo mismo lo que podríamos denominar “Un hermoso texto antológico” como parte final de la entrega de ahora, finalmente, tras estudiar parsimoniosamente los materiales de esta zona, he decidido no darme ese placer. Y no porque se alargara en demasía esta unidad de mi trabajo, sino porque sería preferible hacerlo a manera de apéndice de la muy rica, humana e intelectualmente, correspondencia entre Amado Alonso y María Rosa Lida, pues tal epistolario –hasta el momento inédito– proyectará radiante luz sobre multitud de cuestiones filológicas y sobre el entorno de dichas actividades y ayudará, sin la menor duda, a una honda comprensión del insuperable texto de la discípula-maestra María Rosa Lida. La nombrada correspondencia se encuentra, además de en Harvard University Archives, en la Residencia de Estudiantes (Madrid; aquí, en forma de juego microfilmado junto a la restante correspondencia de Amado Alonso con estudiosos europeos y americanos). En total, salvo distracción por mi parte, son 82 cartas (o sea, en todo caso, más de 80); la primera, del 24 de octubre de 1946; la última, del 23 de marzo de 1952. Hay, por lo menos, una carta ácrona y en dos o tres, si me atengo a los microfilmes de Madrid, falta texto, vale decir, no han quedado microfilmadas del todo las aludidas cartas (desconozco si en Harvard University, los originales están completos).

e) Como inicio de este párrafo final de los preliminares, quiero citar unas palabras de Raimundo Lida en carta a Amado Alonso del 26 de marzo de 1952: “Ya se figurará usted con qué ansiedad espero mi viaje de mayo. Con María Rosa he hablado mucho en esos cortos días de California. No sabe usted hasta qué punto llegan la gratitud, la devoción y el cariño que le tiene”. En fin, sumando el entorno que espero crear

con la presente entrega y lo que algún día –ojalá no muy lejano– nos enseñe el epistolario Amado Alonso/María Rosa Lida (además de las referencias a dicha hispanista que puedan aparecer en la correspondencia entre su maestro y Dámaso Alonso), se habrá hecho la luz para que ese conjunto textual, pleno de humanidad y, como alguien diría, de discreta sabiduría, se añada esplendorosamente (tal es la admiración que he sentido por las enseñanzas de ese diálogo epistolar) al magisterio inmarcesible de estas dos grandes figuras de la filología española, hispánica.

1. Dedicatorias manuscritas de María Rosa Lida a Amado Alonso

a) Como primer fruto de más de una estancia del doctor Torres Caballero (Vidal) en Lerín (Navarra), para examinar materiales (fundamentalmente, libros y separatas; yo realicé un viaje con el mismo propósito) donados por los herederos vivos de Amado Alonso, sus hijos Ramón y Juan Manuel, tras el fallecimiento, en febrero del año 2000, de Joan Evans, viuda del filólogo navarro, como primer fruto, decía, publica el profesor Torres Caballero “El fondo *Amado Alonso* de la Biblioteca Pública de Lerín, Navarra”, del *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXXVIII /2002, págs. 199-249. En este trabajo se halla un epígrafe que nos interesa especialmente: “Dedicatorias en libros y separatas que pertenecieron a Amado Alonso (y Joan Evans)”, págs. 205-211. Como no podía ser menos, es muy tenido en cuenta un fino trabajo de Guillermo L. GUITARTE: “Obras de Borges que pertenecieron a Amado Alonso en Harvard University” (en *Íncipit*, en versión tipográficamente defectuosa, XI/1991, págs. 161-174, y, ya corregidos los defectos, en el número siguiente: XII / 1992, 143-156; las láminas, 13, aparecieron en la primera versión).

b) Pues bien: en el trabajo en el que en este momento nos hallamos instalados, el mencionado del *BBMP*, señala el doctor Torres Caballero (págs. 209-210; el primer corchete, onomástico, es del autor del texto):

Finalmente, hay dedicatorias que son el testimonio de aprecio y cariño más sincero y profundo que se pueda dar entre maestros y discípulos, en esa fase en la que ya no existen barreras académicas y en donde cristaliza el hermanamiento de las personas. Este es el caso excepcional de las relaciones familiares entre Amado Alonso y María Rosa Lida, Ángel Rosenblat y Marcos A[ugusto] Morínigo; es decir, algunos de los fraternales colaboradores de ese memorable equipo del Instituto de Filología que escriben dedicatorias como las siguientes [...].

c) Luego se ilustra esa idea con la reproducción de dedicatorias de esos y otros autores (en primer lugar, las de María Rosa Lida). Como el profesor Torres Caballero tuvo la amabilidad, cuando las fotocopió, de hacer otro juego para mí, que lo había ayudado a entrar en la órbita de estudio del gran Amado Alonso, voy a ir transcribiendo tales dedicatorias de la filóloga argentina desde mis propias fotocopias (aunque en la reproducción que Torres Caballero hace en la página 210 no observo ningún error propiamente o errata). Puesto que en la parte bibliográfica del citado trabajo se hallan los datos completos de los libros o separatas en los que se hallan esas dedicatorias, me voy a permitir, por mor de la agilidad, transcribir solo el texto de la dedicatoria con su fecha: **a)** “A Amado Alonso, mi maestro, con filial devoción” (Buenos Aires, 2 de febrero de 1943); **b)** “A mi maestro Amado Alonso, que me comparó con Jesús entre los doctores, con las palabras de Jesús de Sirach: | |” A las islas lejanas llegó tu nombre, y por tus interpretaciones te admiran los pueblos” [Las comillas internas las coloco yo, J.P.]” (Buenos Aires, 16-X-1944); **c)** “Para Amado Alonso. “Prendetlo, Maestro, ca mejora en señor” (Buenos Aires, 13 de septiembre de 1946); **d)** con el nombre *Amado Alonso* geométricamente instalado en los cuatro lados de un virtual rectángulo, y aun duplicando y más uno de esos lados, se lee (el corchete que sigue, para arropar la minúscula inicial del texto latino, es mío: J.P.); “[...] nec Phoebo gratior ulla est | quam sibi quae Alonsi praecrepsit pagina nome. | Doy fe” (13-II-1947). Y después de 1952, fallecido ya Amado Alonso, en trabajos enviados a su viuda, Joan Evans, podemos ver, igualmente, el fondo humano y el afecto de María Rosa, que es el nombre que, con su rúbrica atenuada, aparece siempre en sus dedicatorias (la primera de las que transcribiré aparece en el trabajo de Torres Caballero, pág. 211; la segunda, no, por el carácter selectivo de la ilustración en esa sección –lo posterior a 1952– por parte del autor acabado de mencionar): **e)** “Para mi querida Joan, con el invariable cariño y sincera admiración del [...]” (sin fecha, pero en separata de 1959); **f)** “A mi querida Joan, con el afecto de siempre y mil perdones por este “asalto” a su espléndida lengua” (sin fecha, pero en libro de 1961).

2. Dedicatorias en letra de molde

a) Son testimonios posteriores a 1949 y ya ha variado su estado civil: /María Rosa Lida de Malkiel/. En su libro *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español* (Publicaciones de la Nueva Revista de Filología Hispánica, 1, El Colegio de México, 1950), frente a la página de

derechos, aparece una doble dedicatoria, en perfecta armonía tipográfica: partes superior e inferior de la página (y en cursiva el texto). Dicen, respectivamente, esas justas dedicatorias. “A Amado Alonso, | mi maestro” y “A la memoria de | Pedro Henríquez Ureña” (que, como sabemos, había nacido en 1884 y fallecido en 1946). B) La segunda dedicatoria se encuentra en la revista *Sur*, 215-216 / 1952, págs. 16-17. En la primera de esas páginas figura el original en latín MAGISTRI ALANI DE INSVLIS, | DOCTORIS VNIVERSALIS; | RHYTMUS (tres estrofas) y en la siguiente POESÍA RIMADA DEL MESTRO | ALANO DE LILA, DOCTOR | UNIVERSAL (monje cisterciense nacido alrededor de 1120 y fallecido en 1202; en francés, /Alain de Lille/). Al final de la traducción, y antes del nombre de la traductora, aparece en cursiva: “Dedico esta traducción a la memoria | de Amado Alonso, mi maestro”. Puesto que cabe la posibilidad de que el sentido –o, al menos, la connotación– de este poema tenga que ver al mismo tiempo con el carácter universal de la obra de Amado Alonso –vale decir, para la intención comunicativa de la traductora por el mismo hecho de haberla puesto en romance paladino–, creo que no resultará inoportuno transcribir tanto el original como su versión al español (quedará todo ello como testimonio virtual de admiración también por la obra de Amado Alonso y de tristeza profunda, “filosófica”, ante su fallecimiento, recién ocurrido). He aquí, pues, los dos anunciados textos (suprimo, claro está, los respectivos títulos, etc., ya mencionados):

Omnis mundi creatura
quasi liber et pictura
nobis est in speculum;
nostrae vitae, nostrae mortis, lectio;
nostri status, nostrae sortis
fidele signaculum.

Nostrum statum pingit rosa
nostri status decens glosa
nostrae uitae lectio;
quae dum primo mane floret,
defloratus flos effloret
uespertino senio.

Ergo expirans flos expirat,
in pallorem dum delirat,
oriendo moriens;
simul uetus et novuella,
simul senex et puella,
rosa marcet oriens.

Del mundo la criatura
es como libro y figura,
como espejo siempre fiel;
de mi vida, de mi muerte,
de mi estado, de mi suerte
es imagen y troquel.

Tú mi suerte pintas, rosa,
de mi suerte propia glosa,
del vivir lección cabal.
Tú, que naces si amanece,
deshojada si anochece,
ya marchita, ya mortal.

Respirando, rosa, expiras,
y cuando al desmayo giras
naces para fenecer;
a la vez mustia y lozana
a la vez vieja y temprana,
rosa, pudres al nacer.

3. Algo más que dedicatorias...

a) En carta de María Rosa Lida a Dámaso Alonso (desde Berkeley, 19 de marzo de 1951), carta que pude leer hace años en casa del maestro español, hay tres pasajes en los cuales se habla de Amado Alonso (examinando la correspondencia completa, probablemente hallaríamos alguno más, aunque creo recordar que no era abundante el conjunto de cartas dirigidas por María Rosa Lida a D, Alonso). En el segundo de ellos se lee: “Precisamente [,] acabo de recibir su *Poesía española*: el doctor Alonso ya me había escrito con entusiasmo acerca de sus páginas sobre estilística. Me preparo a leerlo despacito, para gozar y aprender”. En el tercer pasaje se dice: “Ahora estoy trabajando en un librito sobre *La Calestina*, que nació de las clases del Doctor Alonso y está comprometido para México. Cuando lo acabe –en este año, si Dios quiere–, me “premiaré” escribiendo alguna cosilla más breve”. Y ahora, tras las dos citas anteriores, quiero realzar el primer párrafo de la carta (el encabezamiento es /Estimado amigo/ (modernizo la acentuación):

No es amor mío de simetría en la respuesta, sino deseo de dar el primer lugar a lo más importante, lo que me hace comenzar por la salud de mi querido maestro [,] a quien yo, con solemnidad que a él le hace sonreír, sigo dando el tratamiento porteño de “Doctor Alonso”. Nosotros, sus alumnos, estábamos tan acostumbrados a descansar en él –en su talento, en su saber, en su bondad, en su fuerza moral y física– que saberle enfermo de cuidado fue para nosotros un desgarramiento como el del adolescente que por primera vez advierte flaquezas en su padre. Gracias a Dios, las últimas noticias de la Señora [...; o sea, de Joan Evans] han sido como las pedíamos.

b) Atrás, **2-a**, pudimos contemplar el hecho de la dedicatoria simultánea a Amado Alonso y a Pedro Henríquez Ureña. Pues bien: en la nota necrológica, “María Rosa Lida de Malkiel (1910.1962)”, que Edith F. HELMAN publica en *Hispanic Review*, XXXI-1/1963, págs. 66-69, se encuentran al final unas palabras dichas por María Rosa Lida a propósito del dominicano universal que encajan perfectamente también en el universo de Amado Alonso, como enseguida se verá recordando textos presentados en mi trabajo. Voy a citar la parte final del último párrafo (pág. 69):

“Her family and all her friends are grieved by the loss of the wonderful person that María Rosa was, her radiant presence and scintillat-

ing conversation, the humor and familiarity with which she wrote, in her exquisite handwriting, about the work at hand, about “la Celes” for instance, and her elegant manner, as evident in her human relations as in her style. She herself expressed this particular sense of loss in her own recollection of Pedro Henríquez Ureña written ten years after his death for la *Gaceta* in May of 1956: “De todas las pérdidas que trae consigo la muerte de un gran hombre, la más dolorosa es la de su intransferible fórmula personal –vocación, talento, saber, experiencia–, que rara vez alcanza a reflejarse entera en sus actos o en sus obras.

4. Entre la contemplación y la enseñanza

a) Hay un texto delicioso y “hondamente humano” de María R. Lida de Malkiel titulado “La peregrina en su patria”, en *Universidades* (Unión de Universidades de América Latina, Buenos Aires), 2ª serie; 1-5/1961, págs. 16-26 (y en separata), por donde cito, 3-13). Vale la pena reproducir completo el último párrafo (págs. 12-13):

Para concluir, insistiré de nuevo en la importancia reconocida a la investigación en la enseñanza universitaria norteamericana, reconocida con toda razón, en mi sentir. Hace unos años traduje, a la memoria de mi maestro Amado Alonso, unas reflexiones de Étienne Wilson sobre la enseñanza como única forma de vida activa conciliable con la vida contemplativa [véase enseguida 5]. Y es verdad. De mi maestro Amado Alonso aprendí a explicar desde la cátedra universitaria solo aquello que no anda explicado satisfactoriamente en letra de molde, sólo aquello que he comprobado o averiguado personalmente. Y de mi propia experiencia he aprendido, por otra parte, que no hay estímulo más eficaz para la investigación que la enseñanza universitaria. La urgencia de plantear los problemas tan rigurosamente como sea posible, con la atención aguzada por la responsabilidad de afrontar a los estudiantes, ¡cuántas veces me ha hecho reparar en fallas de teorías o explicaciones que había admitido pasivamente! [,] ¡cuántas veces me ha llamado a reexaminar cada dato de mi información y cada eslabón de mi razonamiento! Algunos libros míos deben mucho a los jóvenes a quienes he tenido como alumnos, y muchos de mis estudios han surgido de mis cursos o se han desarrollado paralelamente a ellos, y ha sido para mí placer no pequeño estampar al pie el nombre de la universidad donde nacieron. No me sentiría digna de la confianza que ha depositado en mí esta Casa [suprimo coma del original] si tras mi paso por ella no yace prieto en escrito, bajo algún próximo trabajo, el nombre querido: “Universidad de Buenos Aires”.

5. Étienne Wilson a través de María Rosa Lida

a) En la cita del epígrafe anterior, aludía nuestra estudiosa a una traducción realizada por ella de un texto del filósofo francés acabado de mencionar. Puse en marcha algunas pesquisas para intentar localizar el misterioso texto: no pude hallar en mi universidad ninguna bibliografía de María Rosa Lida ni tampoco el volumen de Margaret McGRATH *Étienne Wilson: une bibliographie/a bibliography* (al parecer, texto en francés e inglés), Pontifical Institute of Mediaeval Studies, Toronto, 1982, XXVIII+124 págs. Calé, además, varias obras del autor francés (1884-1978), pero no pude llegar muy lejos en los resultados (para el mérito del control de esta ficha y de la consecución del texto, véase, al principio de mi trabajo, la nota 1): se publicó en *Buenos Aires Literaria*, 1-8/1953, págs. 35-36. Al final del escrito aparece el nombre del autor y debajo, entre paréntesis y en cursiva, /Traducción de María Rosa Lida de Malkiel/. El título, que presumo de É. Wilson, es “El maestro”; y digo “presumo” porque hay una nota, la única existente, en la primera de esas dos páginas, nota que arranca de unas palabras de la traductora que enseguida citaré (véase b) y en la que se da el título de la obra que se traduce (*The Philosophy of St. Thomas Aquinas*, Cambridge, 1929, pág. 23 y sigs., tr. de E. Bullough) y se añade lo siguiente: “Estas páginas no se hallan en el original francés”. Debajo del título del breve texto aparece, a manera de lema, una frase, “Sicut enim maius est illuminare quam lucere solum [...], extraída de la *Summa theologica* y que, igualmente, presumo del autor francés.

b) Bien: el texto de María Rosa Lida que anunciaba, compuesto en cursiva y entre corchetes y colocado inmediatamente antes del de Gilson, especie de nota de presentación y de homenaje al mismo tiempo, reza así (modernizo la acentuación):

Amado Alonso, nuestro maestro, era lo que debía ser, y por eso podía acoger con la misma bondad, segura y valerosa, a alumnos de distintas patrias, distintos abolengos, distintas religiones. Sirva esta página (en que, a propósito del Doctor por excelencia de la Iglesia, Étienne Gilson [suprimo la nota 1, de cuyo contenido hablé líneas atrás, al explica el ser del Doctor, esto es, del Maestro) como homenaje a su enseñanza y a su ejemplo inolvidables.

c) Creo que, valiéndome de un criterio similar al utilizado en **2-b**, voy a reproducir, completa, la traducción de María Rosa Lida del con-

sabido texto de Étienne Wilson, pues en realidad dicho texto arroja, igualmente, la línea de investigación y enseñanza del maestro Amado Alonso y, creo no equivocarme, también del sobresaliente magisterio y elevada investigación de su discípula “más filológicamente erudita”. Me siento honrado con las hermosas palabras del filósofo francés hechas tuyas, y ahora nuestras, por la incomparable María Rosa Lida. Escuchemos las voces, acompasadas, de esos maestros...

El hombre puede escoger solamente uno de dos modos de vida: la activa o la contemplativa. Lo que imparte a las actividades del maestro su eminente dignidad es que implican ambos modos de vida, vividas en el orden de su justa subordinación. La función propia del maestro es enseñar; y la enseñanza consiste en comunicar a otros las verdades que han sido el tema de sus meditaciones previas, lo cual incluye a la vez la reflexión contemplativa que se propone descubrir la verdad, y la función del profesor que se propone transmitir a otros el resultado de sus descubrimientos. Pero el rasgo más notable de tan compleja actividad es que cabalmente la contemplación, función superior, prevalece sobre la acción, función inferior. Así, la función de un maestro mira naturalmente a un objeto doble, interno y externo, según se dirija a la verdad sobre que el maestro medita y que contempla en sí mismo, o a los alumnos a quienes instruye...

La función del maestro no es sencillamente un agregado postizo a su vida contemplativa; por el contrario: deriva de ella como de su fuente y es, por decirlo así, su manifestación visible. Verdad es que su enseñanza... corresponde a su vida activa, pero, en cierto modo, fluye de la abundancia misma de su contemplación. De ahí que no pueda considerarse en ningún sentido como verdadera interrupción de su vida contemplativa. Un hombre que se aparte de la meditación de las realidades inteligibles que nutren su pensamiento contemplativo, para aplicarse a obras que, aunque buenas, son puramente externas, interrumpe por completo su contemplación. Excelente cosa es repartir limosna u hospedar forasteros; no obstante, tales acciones hacen imposible toda verdadera meditación. En cambio, enseñar es expresar externamente la contemplación interna, y si es verdad que un alma realmente libre de intereses temporales conserva en cada uno de sus actos externos algo de la libertad adquirida, sin duda no hay actividad alguna en que tal libertad pueda conservarse más perfectamente que en el acto de enseñar. Combinar de este modo la vida activa y la contemplativa no arguye pérdida sino ganancia. Además, es evidente que de ninguna otra manera puede mantenerse más perfectamente el equilibrio entre los dos modos de vida, cuyo mantenimiento es, forzosamente, el objeto de nuestra misma condición humana. Enseñar la verdad que nos ha

mostrado la meditación es un descanso de la contemplación sin merma alguna, antes bien con aumento de su mejor parte.

6. Palabras de Amado Alonso

Hasta el momento, solo hemos podido escuchar, directa o indirectamente, a María Rosa Lida en sus muestras de aprecio insuperable hacia el magisterio del filólogo hispano-argentino. Una forma de ir cerrando el círculo consistirá en hacer hablar a Amado Alonso (aunque sea a través de una situación comunicativa “técnica”). Y nada mejor para ello que valernos de la reseña que en la revista *Sur* (xiv-127/1945, páginas 78-81) hizo del libro de nuestra autora *Introducción al teatro de Sófocles* (Losada, Buenos Aires, 1944). Pensaba, en principio, reproducir tres pasajes de esta recensión, pero, al releerla en una fase ulterior del trabajo, he visto que resulta mejor solución darla completa, tratándose de una pieza breve que refleja muy bien el temple o talante de ecuanimidad científicamente justificada en sus exactas palabras (además, se trata de un texto no tan asequible hoy día). Oigamos, pues, al maestro y escuchémoslo con la atención que su discurso siempre ha merecido y merecerá (modernizo la acentuación):

En la exégesis de las obras de la antigüedad hay dos aspectos diferentes: el de las aclaraciones filológicas y el de la interpretación poética. El primero es obviamente necesario para iniciar el segundo, pero es más que una etapa técnica previa para precaver descarríos a la interpretación poética: en sí mismo tiene la justificación de todo desciframiento de los enigmas de la historia, y nos deleita como reconstrucción crítica de modos pretéritos de vida y del funcionamiento de sus motivos. El segundo tiene la necesidad de apoyarse en el primero, pues no tendría validez como interpretación poética de una obra antigua la que diera a sus materiales –sucesos, costumbres, religión, leyes, valores sociales, lenguaje– significaciones desmentidas por el saber histórico; pero, a pesar de la dependencia técnica, la interpretación poética, si es profunda, tiene un rango espiritual incomparablemente más alto que la otra, porque es una recreación que nos da, con el mayor disfrute estético, la plena comprensión de la obra del arte como tal creación del arte, nos facilita la comunión con sus motivos intencionales, [coma de original] y prepara en nosotros el efecto salvador de toda obra de arte verdadera, que es el engrandecimiento de nuestra vitalidad espiritual.

Pocas veces encontramos reunidas en una misma exégesis excelencias de ambos órdenes, y, porque una de las pocas es esta *Intro-*

ducción al teatro de Sófocles, la saludamos con especial aprobación y complacencia. No es que en este libro se planteen cuestiones nuevas de inquisición histórica, que eso no corresponde a una *Introducción*, sino que, al correr de la exposición [,] acuden y se retiran todos los temas primordiales de la erudición clásica, por lo general sin comparecer más de lo requerido por la interpretación poética, y en contadas voces con breve detención; pero siempre con igual dominio ejemplar de la filología clásica y con maduro saber. Quiero recordar la historia anterior del tema de Filoctetes y su proyección en las literaturas modernas; las alusiones a la técnica típica del teatro griego y a las novedades de Sófocles, el más alejado del teatro ritual de la tragedia; y el precepto de los cinco actos de la crítica peripatética, de milenaria duración, inspirado en el orgánico juego de los cinco estásicos del coro y en los cinco episodios del *Edipo Rey*. También destaca la autora que la peculiar anagnórisis del *Edipo* es la que dictó a Aristóteles las condiciones ideales de ese proceso de la tragedia, y que de la práctica de Sófocles, especialmente del *Edipo*, sacó Aristóteles sus “preceptos” capitales de la tragedia, de tal modo que se reconoce en el *Edipo* el ideal trágico de Aristóteles, tanto para la técnica como para la esencia poética.

Yo creo que esta comprobación erudita ha sido el apoyo y arranque para la interpretación poética de Sófocles, tema directo de la autora. Contraria a la imagen favorita del vate desventurado, la idea de un Sófocles rico, hermoso, jovial, atleta, músico, saludable, triunfador y nagenario parece haber sofrenado un poco la estimación moderna de su obra, como si la estupenda prosperidad de su vida personal fuera incompatible con un auténtico sentido trágico de la vida humana; y en el trío de genios de la tragedia griega se la suele caracterizar con virtudes de moderación, como el áureo medio entre Esquilo y Eurípides, sin el oscuro furor lírico del uno ni la rebeldía y la crítica demoledora del otro. La autora prefiere para el retrato de Sófocles rasgos positivos: y a los que ya hay de este signo María Rosa Lida añade ahora unos de particular valor: el modo propio de poetizar y el modo de conducta de sus criaturas, ajustadas eminentemente al aristotélico “como debe ser”. En el primero ve María Rosa Lida el más alto cumplimiento de los ideales del arte clásico: humanismo (el hombre y sus condiciones esenciales, extratemporales), objetividad y universalidad; en el segundo –otro aspecto del primero–, la realización ejemplar de lo que, en la distinción de Aristóteles, constituye la raíz de la poesía frente la mera historia: que la historia representa los caracteres y las acciones de la vida como son, pero la poesía como deben ser, entendiendo por esto no una deformación sino conformación y plenitud de sentido. “Realismo” llama la autora a este arte, quizá un término un tanto despistador para el distraído lector medio; y [,] sin embargo [,] es bien certero: realista es el arte que presenta a Antígona y a Cleonte cumpliendo por grado

excelso en cada paso de su conducta su respectiva personalidad, comportándose como una Antígona ejemplar y como un Cleonte ejemplar, “como deben ser”.

Con todo, no está en las fórmulas caracterizadoras –que nunca son más que cifras– lo mejor de este precioso librito, sino en la sabia presentación de tres de las siete tragedias conservadas de Sófocles: *Antígona*, *Filoctetes* y *Edipo Rey*. Aquí, mientras desfila la materia misma de estudio, María Rosa Lida ha encontrado el mejor procedimiento para descubrir los valores poéticos de cada tragedia y del teatro de Sófocles en general. Y lo hace con fervor estético tan contagioso y a la vez con crítica tan alerta, tan ilustrativa y educadora, en fin, con tanto encanto que uno lamenta no recorrer también con tal guía las cuatro tragedias restantes.

Hasta ahora María Rosa Lida había tenido una abundante y muy admirada producción entre los especialistas (admiración un poco agrandada por el simpatizante asombro: mujer, tan joven e hispanoamericana). Ella fue de los iniciadores de *Emerita*, la revista madrileña con que los españoles se han reincorporado (1933) a la investigación de las lenguas y las literaturas clásicas después de tres siglos y medio de abandono; y en revistas varias de filología romance, europeas y americanas, se ha venido distinguiéndose [se ha venido distinguiendo/ha venido distinguiéndose] con sus originalísimas investigaciones sobre la prolongación de temas grecolatinos en la literatura española. Ésta es la primera vez que se presenta al gran público culto, y por cierto lo ha hecho con una pequeña obra maestra.

A

7. Otras voces, otros maestros...

Tras el fallecimiento de María Rosa Lida en 1962 se sucedieron, naturalmente, las notas de urgencia en la NECROLOGÍA de las revistas, etc. Pero ahora me interesa recordar que el volumen XVII-1/1963 de *Romance Philology* estuvo dedicado en gran parte a la memoria de la excepcional hispanista. Yakov Malkiel, romanista extraordinario y esposo de la malograda estudiosa, publica en este número “Necrology” (págs. 9-32), “Preliminary Bibliography of the Writings of María Rosa Lida de Malkiel” (págs. 33-52) y, aunque aparece sin firma, “Personal Profile: María Rosa Lida de Malkiel” (págs. 53-54), al final del cual se añade “Necrologies”. Pues bien: Ramón Menéndez Pidal es el autor del escrito que figura como “Prólogo” y en el que, además, se reproduce facsimilarmente una

hermosa (por su profundidad humana y por su caligrafía) carta de María Rosa Lida con fecha de 18 de septiembre de 1962 (ella falleció unos días después: el 26 de ese mismo mes). De esa carta me voy a permitir reproducir el último párrafo antes de la frase de despedida (“Con todo mi afecto y buenos deseos para Vd. y para los suyos [...]”:

Las obras y proyectos de Vd., su diversidad y ámbito, me pasman. Dios quiera concederle, en bien de nuestros estudios, la salud y actividad que Yakov y yo le deseamos de todo corazón. Yakov le agradece muy conmovido el amable juicio sobre su artículo de Oxford [“Filología española y lingüística general”, oralmente en 1962 y publicado en *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas*, Oxford, 1964, págs. 107-126]. Y yo, mi querido don Ramón, maestro de mis maestros, me despido de Vd. con la honda admiración y cariño que le profeso desde que, a mis nueve años de edad, me asomé a los *Prosistas* castellanos [*Antología de prosistas castellanos*, Madrid, 1899, 1917, 1920; a partir de la 1923 se titula *Antología de prosistas españoles*], que el bueno de Eleuterio F. Tiscornia [1879-1945] había fijado como texto para la clase de colegio secundario de mi hermano mayor.

B

Tras esa discreta y elegante despedida de este mundo –indescriptible, diría–, quisiera citar, del texto de Menéndez Pidal, el párrafo en el que se menciona a Amado Alonso (pág. 5):

Y esa afición instintiva se antepuso como principal cuando la joven autodidacta encontró un maestro, verdadero guía. Éste fue Amado Alonso, formado como profesor en el Centro de Estudios Históricos [1910-1936] y por el Centro enviado a la Argentina en 1927, como Director del Instituto de Filología, cuya dirección la Universidad de Buenos Aires había encomendado al Centro madrileño. Amado Alonso comenzó allí una labor entusiasta que pronto dio abundantes frutos en una serie de muy importantes publicaciones, debidas a estudiosos argentinos, sobre temas hispano-americanos. En un principio no tomaba parte en ellos Rosa María Lida, que por entonces era colaboradora en la *Emerita* madrileña; pero cuando el Instituto comenzó en 1939 la publicación de la *Revista de Filología Hispánica*, se decidió María Rosa a participar de lleno en la naciente revista.

C

El primero de los escritos de Yakov Malkiel fichado atrás aparece luego, en su primera página, con el título “María Rosa Lida de Malkiel”, sustituyendo la voz “Necrology” del sumario por el significativo recuadro que envuelve ese nombre (nunca ido). El trabajo de Y. Malkiel es, como suelen ser los suyos (y más en este “hondo caso”), de extraordinaria densidad y riqueza. En principio, había pensado citar diversos pasajes en los cuales se habla del magisterio de Amado Alonso y de la insobornable independencia intelectual de María Rosa Lida, pero, finalmente, he decidido no romper esa pieza magistral y abstenerme de reproducir segmento textual alguno: invito al lector a que lea completo dicho artículo necrológico. No obstante, voy a señalar las páginas en las que volvemos a encontrar al maestro hispano-argentino. Son estas: 10, 12-13 y 16-17.

(continuará)